

La Reina Castiza y “el Espadón” Narváez.

El general Baldomero Espartero, “el espadón” como lo llamaban las gentes del pueblo, concluyó sus tres años de regencia al ser depuesto en julio de 1843. Se adelantó la mayoría de edad de reinar a los 13 años de edad a fin de evitar una nueva regencia y la princesa de Asturias se convirtió en la reina Isabel II, que no tardó en dar a general Narváez el ducado de Valencia. Otro “espadón” dijo el buen pueblo de Madrid, que no tenía ni voz ni voto en esos asuntos. Había que arreglarle pronto un marido, decidieron los que mandaban; el matrimonio se había convertido en una razón de Estado, sino en un problema europeo pues lo que todos los países vecinos querían era que no se rompiera el sistema de equilibrio de poderes y de alianzas, por lo que los gobiernos maniobraban y presionaban para que la nacionalidad del futuro rey no los perjudicasen. Con lo que pasaron tres años hasta que se pusieron de acuerdo en que fuera el italiano don Francisco de Asís Borbón, su primo hermano por partido doble, un hombre apocado e insignificante con quien se unificaban las dos ramas borbónicas. Y así el 10 de octubre de 1846, día de su cumpleaños, la jovencísima Isabel II contrajo matrimonio en el Salón del Trono del Palacio Real. Entre tanto, en 1845 había comenzado en el Norte, en la Segunda Guerra Carlista.

La Reina empezó a engendrar hijos, doce en total, aunque varios embarazos acabaron dos en abortos, otros dos murieron a las pocas horas o días de nacer y otros dos no pasaron del año y medio.

En 1852, estando en el octavo mes de embarazo, la Reina se puso a los pies de la Virgen de la Soledad, en la capilla de la Paloma para pedir dejar de perder a sus criaturas y fue posible el feliz nacimiento de quien sería su primogénita, María Isabel, a la que los madrileños llamaron siempre “la Chata” y que fue mas castiza aun que su madre. Fue la tercera de sus hijos, ya que los dos anteriores, varones, murieron prematuramente.

Seis semanas después del nacimiento, la Reina salió de Palacio por primera vez para dar gracias a la virgen, pero no lo hizo a la popular capilla de la Paloma, sino a la basílica de Atocha, el templo donde los reyes celebraban los grandes acontecimientos. Cuando iba a entrar en la iglesia un cura, Martín Merino, sacó un estilete oculto bajo la sotana y se lo clavó a Isabel II, causándole heridas que no fueron graves. Como pasaría luego en alguna otra ocasión, se dijo que el cura estaba loco y fue ejecutado rápidamente, eliminándose la posibilidad de que se tratara de un cuerdo, instrumento de una conspiración.

Desde entonces la reina siguió siempre la costumbre de las madrileñas, yendo a rezar a la capilla de la Paloma a pedir un buen parto a la Virgen de la Soledad y presentar a la criatura una vez nacida. Y así lo con los otros hijos: don Alfonso, que sería luego rey, en 1857; con María de la Concepción, en 1859; con María del Pilar, 1861; con María de la Paz en 1862; con María Eulalia en 1864 y Francisco de Asís en 1866.

Por esos años era tan grande el número de fieles, especialmente mujeres, que había en la capilla misas desde el alba hasta el mediodía, permaneciendo abierta hasta el anochecer, y los días festivos era preciso abrir la cancela del atrio para que pudiera asistir más gente. ”Las mujeres recién paridas iban devotamente con sus hijos en brazos para presentárselos y

ofrecérselo a la Virgen”, dice Mesonero Romanos que habla de “la multitud de exvotos que cubrían las paredes”.

Un cuadernillo redactado en esta época, que se conserva en la biblioteca del museo Municipal, nos dice que entonces había misas en la capilla desde el alba hasta después del mediodía, permaneciendo abierta hasta el anochecer y que era preciso abrir la cancela del atrio los días festivos para que mas gente pudiera asistir a misa. También destaca la especial devoción de las mujeres que poco tiempo después dar a luz iban al santuario con sus hijos en brazos y que esa era “una de las imágenes de la Santísima Virgen que Su Majestad la Reina visita el último mes de sus embarazos, dejando siempre con una abundante limosna para su culto pruebas de la real e inagotable magnificencia”.

Como en el cuadernillo se dice abundaban las limosnas y donativos, que en ciertos casos eran muy generosos. Por ejemplo en 1855 fueron donados un sagrario y una custodia de plata.

A mediados del siglo Nuestra Señora de la Soledad de la calle de la Paloma, era ya conocida y venerada en todo Madrid, al tiempo que la costumbre de las “vírgenes de portal” iba desapareciendo, aunque todavía seguían instalándose. Tenemos constancia notarial de que cumpliendo los deseos de la familia Pardo de Figueroa “el 7 de mayo 1857 se colocó en el zaguán de la calle de las Pozas número 32 un retablo con una pintura al óleo sobre lienzo, que representa a Nuestra Señora de la Soledad. El dicho lienzo representa a la Virgen de medio cuerpo, vestida de blanco. Con manto negro y rosario. Tiene de altura 1 metro y 84 centímetros y de ancho 1 metro y 40 centímetros”.

El 23 de mayo de 1855 don Ruperto Gómez, rector, administrador y colector de la capilla, escribió al párroco don Miguel de León Álvarez, recordándole que seguían viniendo de San Andrés “celebrantes, vestuarios, cantores y el organista, según costumbre que encontré al encargarme de la Rectoría hace once años. Sucede que en algunos casos bien por sus ocupaciones en la parroquia u olvido no concurren a las horas señaladas para celebrar, originándose altercados y disputas con los fieles que encargaban misas en días y horas convenidas y marcadas, por lo que suplico que se me faculte para celebrar cuantas misas y funerales se encarguen, sin la precisa obligación de tenerme que valer de sacerdotes de la parroquia, pudiendo hacerlo los capellanes que concurren diariamente”.

A raíz de ese escrito se autorizó al Rector “a celebrar funciones y misas cantadas sin tener que valerse de sacerdotes, clérigos y sacristanes de la parroquia, pero sí pagar al párroco 8 reales por cada misa cantada”. Cuatro años mas tarde, en 1859, se revisó ese aspecto económico. Debido al aumento de la devoción había días en que se celebraban dos o tres misas cantadas, lo que movió al beneficiario* de la parroquia, Guillermo Rodríguez a reclamar que no estaba recibiendo los derechos que le correspondían y que fijaba en 1.980 reales del año anterior. El asunto obligó a intervenir al visitador, don Julián de Pando, que ordenó que en el futuro se destinaran para el párroco 4 reales por cada misa cantada, dos para la parroquia y otros dos para el beneficiario*.

Francisco López Bravo había sido sacristán de la capilla durante 53 años. Al morir, en octubre de 1855, don Ruperto Gómez decide nombrar a su hijo Manuel para sucederle. ¿Quién mejor que él que ha pasado toda su vida en aquella casa

anexa al templo? Le asigna un sueldo de 5 reales diarios y el seguir ocupando el piso bajo derecha, donde había nacido y le recuerda las funciones que él ha visto repetir a su padre día a tras día, año tras año: mantener limpia y en orden la sacristía y la capilla, abrirla a las 6 y media de la mañana y cerrarla a las 7 y media de la tarde y “tratar con la mayor urbanidad a los señores sacerdotes”. *

Los libros de cuentas de ese año, 1857, registran unos ingresos de 13.746 reales en los cepillos de la capilla, 27.062 en el del despacho del capellán, 17.332 por “derechos de cera”, es decir venta de velas; 175 por venta de aceite para las lámparas, 7.714 por misas cantadas; el alquiler del piso bajo de la casa anexa a la capilla rinde 1.200; el del principal; una de las viviendas del principal 500 y del 2º 1.250.

Los gastos enumeran los del organero, el relojero, el sastre, el vidriero, el carpintero- 22.049 reales -; el albañil 4.652, el tapicero, cordonero, platero, latonero, broncista, marmolista, pintor y decorador, empapelador, arquitecto, 330 por la compra de una casulla, 300, y 3.432 de un terno.

El sermón del día de la Inmaculada se lleva 390, el del viernes de Dolores 1.510, el del día de la Asunción 2.788, que incluye orquesta y cantores, pero quedan aparte el “refresco para los sacerdotes”, el alquiler del toldo y las “luminarias” *.

En el inventario hecho en 1857, se menciona la “diadema de chapa de plata, con ráfagas y engastes de piedras falsas, adornada con una cadena de oro chinesca de eslabones”, que ya figuraba en el inventario realizado veinte años antes. Se describe el retablo del altar, hecho de mármoles de distintos colores, con

dos columnas, capiteles y rafagón dorado, además de un grupo de cinco ángeles y una cruz. Se menciona un crucifijo de plata sobre una peana de madera con tres remates de plata; una talla de San Pedro y otra de San Pablo, de tres cuartas; una pintura de Nuestra Señora de la Concepción; una talla de Cristo crucificado; otra de San Miguel con el diablo; otra que “al parecer” es de San Blas *, 31 relicarios, unos cuantos exvotos de cera o pintados en madera, y 18 “pinturas religiosas que están en la casa del capellán”.

Por último se menciona el armonio en caja de pino, que tiene 14 registros y un estandarte de Nuestra Señora de la Soledad, de gasé de plata bordado de talcos, material de oro y piedras con su espiguilla de oro fino, sus bolas colgantes, medalla pintada, y por el revés una María con su corona, cruz y remates de metal plateado”.

En 28 de noviembre de 1857, veintiún salvas de cañón anunciaron que la Reina había dado a luz un varón. Los madrileños, locos de alegría, salieron a las calles para celebrar que dando vítores, lanzando cohetes y petardos. Por fin tenían el esperado el heredero, después de sucederse seis partos, de los que solo una mujer, María Isabel, había logrado sobrevivir y era hasta ese momento la princesa de Asturias.

Entre tantos vítores, cantos y alcohol se escucharon también algunos gritos: “*ha nacido un puigmoltó*”. Se referían al último y prolongado favorito de la Reina, el apuesto militar Enrique Puigmoltó *. A fines de abril había tenido lugar en Palacio algo que fue calificado como “un incidente”. Don Francisco de Asís, que había tenido con su esposa varias peleas por le “ponía los cuernos”, quiso entrar a la fuerza en el aposento donde la reina se encontraba con el capitán Puigmoltó. El general Ramón Narváez, presidente del gobierno, se interpuso y se produjo una

sangrienta pelea en la que el militar y ex- ministro de la Guerra, Juan Antonio de Urbiztondo que acompañaba al rey consorte mató a Joaquín Osorio y Silva, edecán de Narváez y éste de una estocada a Urbiztondo. La versión oficial fue que habían muerto por “causas naturales”.

Don Francisco de Asís Borbón y Borbón, que pasaba gran parte de sus días en el palacio de Riofrío o el del Pardo, volvió a ausentarse de Madrid. La reina dio a su “favorito” el título de vizconde de Miranda y el escándalo fue creciendo a medida que crecía el embarazo de Isabel II. El general Narváez, al que el pueblo llamaba “el espadón de Loja”, el arzobispo de Toledo y el Nuncio exigieron a la reina que Puigmoltó abandonase la Corte, pero ella se resistió. Al nacer Alfonso el nuncio comunicó a Isabel II que “Su Santidad encontraba serias dificultades para apadrinar al príncipe de Asturias ante lo delicado de la situación”. La reina, que era tozuda, no hizo caso al jefe de su gobierno, ni al arzobispo ni al nuncio, que recurrieron al padre Antonio María Claret, que había sido arzobispo de La Habana, de donde se lo había traído la reina a principios de abril para ser su confesor y ocuparse de la educación de sus hijas, ministerios que debía ejercer acudiendo a la Corte “al menos una vez a la semana”.

El P. Claret advirtió a la reina que no iría a Palacio mientras Puigmoltó no hubiese abandonado Madrid. La reina se mantuvo en su postura, dio a luz y tuvo a su hijo, al que el apuesto militar y favorito pudo ver durante los primeros tres meses, hasta que fue trasladado a su Valencia natal *.

El P. Claret se mantuvo como confesor durante los once años que siguió Isabel II, en España y cuando tuvo lugar la revolución de septiembre de 1868 y se fue al exilio en Francia la acompañó un año más, trasladándose luego a Roma donde

participó en el Concilio Vaticano I. La reina tenía el derecho de presentación de obispos, cuestión vital para la Iglesia y el Papa le pide que siga al lado de esa mujer “casquivana y beata”, a la que procura y logra modificar en parte su vida. Hombre austero e insobornable al favoritismo, se mantiene distante de la política. *”Me siento atado a la corte como un perro a un poste. Vivir en la corte y estar en Palacio es para mi un martirio”*, escribe. Además los políticos se ensañan con él. “Se han formado una idea, errónea, que les impido escalar el poder .Unos me atacan por no haber sido atendidos en sus pretensiones, otros por envidia, otros por ignorancia y todos dirigen los tiros contra mi. Calumnias y hasta amenazas de muerte, todo lo ponen en juego para desprestigiarme” *.

*.- *El beneficiario era un cargo en el clero secular que otorgaba a su titular el derecho a disfrutar de determinadas rentas de ingresos del templo. Muchas veces no tenía necesidad de ejercer la función correspondiente a esos beneficios, haciéndolo mediante un vicario por él designado, cuando no podía hacerlo por estar ocupado en esos momentos en una función eclesial mas importante, o estar lejos del lugar o por cualquier otro motivo.*

*.- *Archivo Histórico Diocesano 202785.*

*.- *Archivo Histórico Diocesano 202782*

*. *Como en casos anteriores en las cuentas se mencionan, a título de curiosidad, algunos detalles aislados. A.H.D. 202783.*

**Se trata de la obra del pintor cordobés Antonio María Monroy, realizada en 1793, que algunos, a partir del 2003 sostienen es un “San Torcuato”. Otros datos de este conocido pintor andaluz más adelante.*

*.- *Hubo otros “favoritos” : Serrano al que la reina llamaba “el general bonito”; Manuel Lorenzo de Acuña, marqués de Bedmar; el capitán José María de Arana, “Pollo Real”; Miguel Tenorio, su secretario; José de Murga, marqués de Linares; Carlos Marfori y el general O’Donnell, una “amor platónico”, porque la reina le recordaba que era 21 años mayor que ella. La paternidad de algunos de los hijos de la reina es casi unánimemente admitida por los historiadores.*

*.- *El P. Antonio María Claret, que en 1847 había fundado la Hermandad del Inmaculado Corazón de María” y las “Hijas del Corazón de María”, se interesó durante su vida a anunciar la Buena Noticia a los pobres y enfermos. Murió en 1870, fue beatificado en 1934 y canonizado en 1950.*